

## La SEPAR y el congresista

F.J. Guerra Sanz

Madrid

Prácticamente he vivido el nacimiento de la neumología en España. A partir de la época en que el esfuerzo individual de prestigiosos neumólogos, más bien fisiólogos, se transformó en un movimiento didáctico colectivo; primero, a través de la sección española de la Asociación Internacional para el Estudio de los Bronquios (AIEB, 1954-1967) e inmediatamente después, su absorción por la Sociedad Española de Patología Respiratoria (SEPAR), que ahora cumple sus 25 años (1967-1991).

El verdadero motor en la creación de ambas sociedades científicas ha sido un hombre inteligente lleno de tesón y generosidad. Con la sensibilidad de quedarse casi en la sombra moviendo los palillos con que mantener, en cada momento, vivas y florecientes aquellas sociedades que con tan buena mano creó. Como el lector ya habrá adivinado, me refiero a Paco Coll, con quien los neumólogos tenemos una deuda impagable y en particular los más veteranos.

La Junta Directiva de la SEPAR me invitó amablemente a colaborar en este número monográfico de ARCHIVOS DE BRONCONEUMOLOGÍA dedicado a los 25 años de la SEPAR. Mi homenaje a nuestra Sociedad se va a centrar en la vida interior de nuestras reuniones y en particular en su personaje primordial, el congresista. A sus venturas y desventuras, pues a mi juicio bien se lo merece. ¿Y por qué lo voy a ocultar? Me resulta extraordinariamente atractivo recordar, revivir aquellos 35 años felices y apasionantes de mi devota experiencia como congresista (AIEB y SEPAR), entre los años 1954 y mi jubilación oficial, 1988.

Los congresos científicos representan una oportunidad extraordinariamente interesante, variopinta y tentadora. Con la particularidad de que el congresista que va camino del congreso, suele tener la sensación, aunque sea equivocada, de que se va de vacaciones. ¡Sí, sí, de vacaciones, qué optimista! Quien se va de verdad de parranda —excursiones, visitas a museos, etc— es el cónyuge “acompañante” que, por lo general, se lo tienen bien merecido: ni siquiera ha ayudado a su pareja, el o la ponente, en la puesta a punto de la dichosa “comunicación”, pero en cambio, mucho más

incómodo, ha tenido que soportar durante semanas sus humos, sus nervios y sus veniales abandonos.

Para el congresista, quizá el momento más emotivo es el de una llegada más al congreso, entre abrazos, sonrisas y otros gestos amistosos. Si se detienen un poco a pensar, si no lo ha hecho ya por el camino; ¡qué diferencia con su primer encuentro con el congreso!, entre tanto alboroto, hecho un despistado, inseguro, solitario, aburrido, topándose por fin como único consuelo con otros cuitados como él “más solos que la una”. Y ahora, en cambio, ya es muy conocido e incluso es posible que sea respetado. La pareja ya ha hecho amigos en algún grupo de matrimonios. A los dos les va entrando el venenillo de los congresos. Un poco más y ya no tendrán arreglo. Han picado el anzuelo... Parece una bobada, pero sin darse cuenta, las actividades de la SEPAR acabarán formando parte de su vida e incluso dando hasta un cierto sentido a la misma. Así, año tras año. En el intermedio, nuestro congresista cae en la cuenta de que aparte de estar sometido a un aprendizaje médico, simultáneamente se han sumergido en una escuela de la vida: el íntimo contacto con profesionales de su rama, de diferentes edades.

Entre los congresistas, ya paladeando “su mundo” —en la sala de conferencias— o esperando para entrar en ella, suele ser fácil identificar dos castas: los pasivos y los activos. Pero eso sí, todos muy pendientes, no sé por qué, de una carpeta debajo del brazo que con bastante frecuencia acaban olvidando en cualquier lugar.

A los primeros, los congresistas pasivos, se les nota bastante relajados, incluso un pelín dicharacheros. ¿Será que por esta vez se han librado de intervenir? ¿O es que por su juventud todavía no se han estrenado? ¿Pertenece al equipo de los silenciosos, de los que no abren el pico en los actos académicos? Es posible. (Pero esto no supone una valoración peyorativa. Más bien una manera de ser: una selección de neumólogos prudentes, retraídos, inseguros sin razón, que prefieren permanecer callados y con el oído bien abierto. Más partidarios de abordar al ponente terminada su disertación, ya en los pasillos. (Por experien-

cia personal, sé que son quienes más te ponen en un brete, eso sí muy modositos, pero derrochando sentido común. ¡Caray, con los silenciosos!

El de los congresistas activos, verdaderos protagonistas de la reunión, es un grupo más heterogéneo: por una parte, los más veteranos que habitualmente dominan la escena, se les nota sólo con observar cómo cogen el puntero. Dan la sensación "de jugar en su campo", están muy familiarizados con el ambiente. Desenvueltos, seguros de lo que dicen, muy didácticos. No sienten ningún reparo, o bien ya han aprendido a disimular. Y para redondear su currículum, representan la verdadera sana envidia de otro sector, "de los que empiezan".

No tiene nada de particular que estos, "los más bisoños", estén tensos si suben al estrado. A todos nos ha sucedido algo parecido. Pasar muy malos ratos, con más o menos cargazón de cabeza, nerviosos, impacientes, abstraídos. Y alguno, en sus soliloquios, preguntarse: y ¿a mí quién me habrá metido en esto? Cuando llega la hora de la verdad, en el transcurso de su alborotada comunicación, poco a poco el neófito se va serenando. Le vale de mucho algún gesto de aprobación que salga del auditorio; pero la primera chispa de optimismo, de verdad, no suele brillar en sus ojos hasta que no recoge la "chuleta" del atril para volver a su sitio. Aunque para mí ya sea demasiado tarde. Por el recuerdo de lo mal que lo pasamos en parecida situación, hace ya tantos años, debiéramos mostrarnos más animosos hacia quienes por primera vez suben al estrado y "las pasan canutas".

Me resta por mencionar, a los verdaderos animadores del congreso, los promotores del coloquio, una sesión abierta y fundamental en este tipo de reuniones. Casi siempre la hora de la verdad, donde sale todo a relucir, además de la formación, el sentido común, la agudeza, la ingenuidad o la picardía de los participantes. Una nueva oportunidad para que los ponentes aclaren conceptos y algún que otro malentendido. Y en particular para concretar entre todos los aspectos prácticos, que por cierto son los que escuchan con más atención gran parte del auditorio.

Es muy importante resaltar lo que hemos aprendido y cómo lo hemos aprendido. Aunque parezca una exageración, para mí estos congresos siempre han sido un motivo de enseñanzas (científicas, humanas, o culturales). Me refiero, sobre todo, a los que llegamos a estas sociedades como "pipiolos", e incluso todavía con "el pelo de la dehesa". El aprendizaje, naturalmente, era lento pero nada trabajoso. En los comienzos, sobre todo en la época de la AIEB y todavía en las primeras reuniones de la SEPAR (a la postre era el mismo auditorio) quienes verdaderamente más nos adoctrinaban desde el estrado eran los congresistas mayores, gentes habitualmente bien preparadas, aunque acaso algo dogmáticos. Desde entonces han cambiado mucho las cosas. Ha aumentado de una manera llamativa el número de congresistas. Los temas de discusión se han diversificado, hasta tal extremo que cada vez se crean más grupos de trabajo y con verdadero éxito. El fundamental test para valorar toda esta

favorable evolución radica en que: entre los que suben al estrado y agarran el micrófono, cada vez es más frecuente la presencia de un congresista joven, y además que se explican como los ángeles. No está mal que aprendamos también de los jóvenes. Por otra parte, estos mismos neumólogos comienzan a abrirse un paso franco en el extranjero. Mucho más de lo que conseguimos en otros tiempos los actualmente demasiado veteranos.

En tu primer congreso, si eras verdaderamente un bisoño, no como ahora que suelen llegar tras el MIR, te comía el ambiente, te perdía el espectáculo inhabitual para tí, en particular te llamaban la atención los oradores y de ellos, sobre todo, si actuaba algún joven. (¡Hay que ver cómo se explica, qué tranquilo está, qué buenas diapositivas trae! ¿Qué le pasará al presidente, que no hace más que mirar a su reloj? etc.). Durante tan largas reflexiones, lo natural era que el primerizo no se enterase "ni de la misa la media" de lo que venía diciendo el ponente. Bien es cierto que al llegar el coloquio generalmente se le solía observar más interesado.

En general, la sala de conferencias era una zona excepcional de observación. Al comienzo, como no conocías prácticamente a nadie, podías observar a todo el mundo con el mayor descaro. De manera que poco a poco ibas identificando a los congresistas más renombrados. La mayor parte de las veces les veías relajados, contentos, verdaderamente exultantes. Como dato curioso, estas mismas personas, en cuanto subían al estrado, cambiaban por completo, comedidos, serenos y, como es lógico, dialogantes. Poco después me enteré de que aquello se conocía, desde mucho antes, como cuidar la imagen, por respeto a los demás.

Poco a poco me fui acercando a los alrededores del estrado, tenía mucha curiosidad por contemplar de cerca a los ponentes, cómo se apañaban para salir del paso. No tuve suerte el primer día. Primero habló un señor mayor al que no se le entendía, se comía las palabras. Después, otro que se explicaba muy bien, pero que se hizo un lío con las diapositivas (¡No, esta no importa, la siguiente... tampoco, pase, pase, no, no, no, perdón, eche una para atrás, etc!). Entre esto y que el tema era desconocido para mí, total, a mi juicio de entonces, aquello fue un desastre. Hubo después varias comunicaciones aceptables. Y por último, para mí otro rollo, intervino un tímido, que no osaba mirar de frente al auditorio, hablaba y hablaba con los ojos bajos, abstraído en sus diapositivas, de manera que llegué a la conclusión de que eso de hablar en público era muy complicado. (Total, en mi primer contacto serio con la ciencia sólo capté los aspectos anecdóticos.) Lo mal que lo pasaron los pobres participantes, ¡y yo, sin fijarme para nada en lo que decían! Lo único que aprendí es ¡ojo con cargarse de diapositivas!, y que el orador debe mirar al auditorio, si no de una manera descarada, al menos con naturalidad.

Poco a poco, creo que ya en el segundo congreso, empecé a tener más suerte con las comunicaciones o

las ponencias que escuchaba. Aunque también es posible que la verdadera razón fuera que una vez ya algo familiarizado con el ambiente, me empezaba a interesar por el argumento de los temas que se discutían. Mi viaje de vuelta al Victoria Eugenia fue una especie de tormento. Repetía y repetía, ¿si lo pasan tan mal hablando, cómo lo habrán pasado preparando la comunicación? ¡Qué dudas le deben entrar a uno! Y luego dicen que los congresos son divertidos.

Al menos, en tu tercer congreso, era cuando empezabas a sentirte más a tus anchas. Menudo alivio. Adoptando, eso sí, el papel del silencioso observador, ¡hay que ver lo que se aprende! echándole tiempo, claro. Muy pendiente del orador: no perderle de vista ni un momento, cómo se comporta, cómo se mueve en el estrado, qué mano tiene para ganarse el auditorio, cómo razona, ¿es agudo, tiene tacto o va a lo suyo sin más contemplaciones? ¡Cómo se escurre ante una pregunta incómoda! Y, simultáneamente, el "mirón" debe sacar mucho partido a la oreja: Lo que dice y cómo lo dice. Y según su formación, debe ir haciendo un cribado de lo que oye al ponente: en las primeras etapas de su formación, debe seleccionar las "ideas básicas" y dejar para más adelante los matices. Lo más importante para el bisoño es que sea "un poco zorro", es decir, no dejarse impresionar por el que disfruta de "un pico de oro" (como dicen en mi pueblo, los que le sacan más partido al caldo que a las tajadas), infravalorando a quienes preferentemente tienen un sentido más didáctico de la neumología. (El único inconveniente de estas casi interminables sesiones, es que si te impacientas en el aula y te mueves mucho en el asiento, terminarás cada congreso con la culera de los pantalones bien brillantes. Y ya verás, cuando llegues a casa, en particular si eres el marido).

En nuestra formación profesional, no vale la prisa. Es mejor ir al "tram-tram". Por muchas razones es conveniente la calma e improvisar lo menos posible, pues te deformas. Precisamente cuando eres muy joven, con facilidad acabas aceptando una idea equivocada del mundo que te rodea. Puede ser que todo lo encuentres demasiado fácil. Es muy importante habituarte a recelar de ti mismo. Y sobre todo a observar detenida pero a la vez generosamente. No simplifiques demasiado las ideas para salir del paso. Acomételas según vienen, tratando de ser consciente de tus limitaciones. A la salida de cada sesión, saldrás con la cabeza casi hirviendo, claro que según pasan los años cada vez se calienta menos. Te acabarás convirtiendo en un "coleccionista de ideas". Ordénalas bien, que es muy importante. Alguna vez saldrás del aula impre-

sionado de lo poco que sabes. No te lo creas del todo. Sigue observando y reflexionando. ¡Y quién te va a conocer, dentro de unos años!

Y volviendo al tema. Me estrené, subí al estrado para presentar mi primera y flamante comunicación, precisamente en Barcelona y para qué voy a contar. Lo más importante, que por lo menos salí ileso. Fueron generosos conmigo.

A partir de entonces, me lo tomé más en serio. ¿Cuál era la verdadera solución? Muy simple, ya lo he dicho, ¡chupar rueda! en los congresos, observar y reflexionar, tratando aprender de todo y al llegar a casa... hombre, ¡empollar!

¿Qué tenían en común los oradores más brillantes? ¿Qué es "lo que decían" y "cómo lo decían"? lo que habitualmente suelen tener en común, cualquiera que sea su edad, dan sensación de aplomo y tranquilidad. No se atropellan hablando, ni se comen las palabras. Se dirigen al auditorio, no le suelen dar la espalda del todo aunque estén explicando una diapositiva. Tratan de ser ordenados, concretos y didácticos. Van punto por punto. Intentan a toda costa utilizar un lenguaje sencillo. Se preocupan en particular en dejar muy claros los aspectos prácticos, clínicos o terapéuticos, y de hacer un resumen final inteligible para la concurrencia. Asimismo, acomodarse a los minutos que le han concedido y, por fin, no exagerar el número de diapositivas, ni una más de las necesarias. Evitando a toda costa, en las discusiones, comerte al interlocutor. ¡Pobrecillo!

Y uno puede preguntarse: ¿es que todos ellos son tan inteligentes, unos fuera de serie? no exageremos, aunque es verdad que los hay muy despejados. Sin embargo, lo único que se necesita para quedar bien es *proponérselo*. Quitarse de encima pequeños complejos; construir el tema con el mayor gancho y lo más brevemente posible; sintetizar, profundizando en los detalles; no coser las ideas con alfileres; echarle bastante amor propio, como si fuera lo único importante; si es necesario, aprenderse el tema de memoria; reflexionar muy seriamente, para que a la hora de la verdad no os corran. Y así, generalmente no se falla, ni se da la palmada al auditorio. Y, por fin, cuidar y cuidar todos los detalles. Y eso de tener tablas, como se dice en los congresos, va llegando poco a poco, no hay que impacientarse. Llévate una copia del trabajo, para repararla la noche antes. Y como todo puede suceder, ojo, que no os tengan que enviar las diapositivas por vía aérea, porque las habéis dejado olvidadas en casa, etc. Y después, un poco de suerte. Tampoco pasa nada si se os caen las diapositivas al suelo, se vuelven a poner en su sitio y... Santas Pascuas.